
La industria académica. La universidad bajo el imperio de la tecnocracia global

Carlos Hoevel

Ciudad Autónoma de Buenos Aires – Editorial Teseo, 2021

ISBN: 9789877232943

Hace algunos meses, en mitad de la segunda ola chilena del COVID, un amigo filósofo me envió un link a una publicación de un académico español. La publicación llevaba por título “Por qué me voy de la universidad”. Miguel Ángel Quintana Paz, filósofo de alrededor de 45-50 años, decía en esa crónica: “Me voy de la universidad porque odio hacer cosas estúpidas”. La burocracia y el pedagogismo conducían a eso, decía Quintana, y no hay mascarilla que nos proteja de ambos. Por suerte Carlos Hoevel no ha abandonado la universidad. Y no solo eso, sino que con *La industria académica* nos está ayudando a observarla y cambiarla desde adentro.

El libro de Carlos Hoevel comienza con un preludio adorniano, el que en conjunto con el título, deja inmediatamente claro hacia dónde nos llevará el libro. La “industria académica”, dice Hoevel, es el resultado de la aplicación “de los criterios manageriales y de mercado a la definición de los objetivos, la organización y la evaluación de la docencia y la investigación en la universidad” (p. 20). La hipótesis que propone Hoevel es que esto apunta a disminuir la autonomía de la universidad. El aire familiar que la cobijaba está herido de muerte (p. 22), lo que afecta irremediamente tanto la enseñanza como la investigación.

En el capítulo 2, “El gran cambio”, encontramos una muy lograda historia de la universidad en los últimos dos siglos. En él, el autor sitúa el giro de la universidad en el período de la Guerra Fría, donde entra la figura del investigador con alto financiamiento, asistentes y un staff administrativo. En ese momento, el dogma del estudio profundo de una disciplina, producido generación tras generación por una comunidad autónoma, se reemplaza por la evaluación de resultados y la idea de una universidad “destinada a brindar al gobierno y a la sociedad los múltiples servicios que estas le requirieran” (p. 43).

El capítulo 3 constata cómo todo esto resultó en el management universitario, cuyo principal modo de funcionamiento es la descomposición de la actividad académica en términos de mecanismos, comportamientos y flujos, con el fin de modelizarla y dirigirla a objetivos medibles (p. 59). Este capítulo me parece clave, porque aquí es donde se da cuenta de todas las exigencias burocráticas a las

que está sometida la universidad hoy: escrutinio académico, evaluación, aplicación de métricas, registros de asistencia, contratos a corto plazo, el famoso “modelo pedagógico” y el cambio en la mentalidad de profesores y estudiantes como managers de su propio capital intelectual. En el capítulo 4, Hoevel muestra los efectos de estas transformaciones en distintos lugares en el mundo –por no decir en “todos”– porque tenemos información desde China hasta América Latina. Este es un impresionante capítulo de investigación empírica del estado de la universidad global.

El capítulo 5 es más testimonial, construido en base a investigaciones sobre la universidad y a entrevistas realizadas por el mismo Hoevel. Aquí se pone énfasis en las paradojas de la situación actual de la universidad: la deslocalización del conocimiento local, la irrelevancia del conocimiento producto de la especialización, la contaminación de la investigación producto del aumento de patrocinios, la burocratización derivada de la acreditación, la pérdida de autonomía de profesores y el aumento de autonomía de la administración. Un pasaje especial me quedó en la cabeza aquí, cuando Carlos Aldao, investigador de la Universidad Nacional de Mar del Plata reflexionaba sobre los criterios de evaluación: “Aplicando la grilla de evaluación [...] un Rector X era categorizado en el nivel 1 y Albert Einstein solo al final de su vida lograba la categoría 2 por haber recibido el premio Nobel (60 puntos)” (p. 145).

En el capítulo 6, Hoevel nos muestra las limitaciones y falacias del managerialismo en su aplicación a la universidad. El capítulo 7 vuelve sobre la inspiración adorniana para indagar ahora las causas profundas de la transformación de la sociedad y la universidad en el siglo XX. Este es un muy bonito capítulo que oscila entre teoría, historia y descripción empírica, donde queda claro el cambio civilizacional que está tras las transformaciones de la universidad: la creciente complejidad del mundo. En el capítulo 8, Hoevel indaga en las alternativas que han sido propuestas frente al managerialismo: cerrar la universidad y dedicarse a formar empresas de innovación productiva, instituir un régimen estatal cuasi totalitario de lo público (Atria), construir la pluriversidad (de Sousa Santos), introducir conocimiento sapiencial en la universidad (intelectuales católicos), o el giro propuesto por Peter Murphy desde la *megaversidad* a universidades pequeñas “con una fuerte identidad cultural y concentradas específicamente en lo intelectual” (p. 272). El capítulo 9 sigue también esta orientación, aunque aquí se pone un énfasis más fuerte en la culpa que tendrían las demandas funcionalistas de la sociedad actual en la situación de la universidad.

Finalmente, en el capítulo 10, Hoevel se hace cargo de la pregunta leninista ¿qué hacer? Propone un conjunto de tareas para hacer frente a las tendencias

managerialistas que ha descrito a lo largo del libro: la recuperación del ideal intelectual, de la libertad académica para explorar, la búsqueda de la verdad en cuestiones científicas, la revinculación con la tradición intelectual crítica para renovar modelos clásicos y la autonomía de la universidad frente a la cooptación por las empresas y el Estado, sin por ello perder el vínculo al mundo: una “división de aguas” entre investigación y comercialización (p. 330).

El libro de Carlos Hoevel es impresionante por varias razones. En primer lugar, está escrito fluidamente, en cada momento es atractivo en términos de estilo, captura al lector en las partes más teóricas y lo hace experimentar sensaciones en los relatos. Especialmente logrado en sentido estilístico es el tránsito entre experiencias de académicos alrededor del mundo y la teorización de ellas en la tesis principal del libro. Esto incluso tiene varias gotas de humor e ironía en medio del dramatismo de los hechos.

En segundo lugar, el libro se mueve en distintos niveles: el nivel teórico de los procesos sociales generales desde el siglo XIX al XXI, el nivel histórico que muestra estos procesos aplicados al caso de la institución universitaria, el nivel sociológico que nos muestra las transformaciones y consecuencias del managerialismo en la universidad, el plano metodológico que combina una aproximación fenomenológica con una exhaustiva investigación bibliográfica y entrevistas en profundidad, y el nivel normativo que nos introduce en la crítica a la situación actual de la universidad en el mundo.

En tercer lugar, para todos los que estamos en el mundo académico, este libro interpela experiencialmente. Es una notable investigación fenomenológica de la universidad contemporánea. Humberto Maturana decía que la verdadera explicación científica es aquella que hacía emerger el fenómeno en la explicación. En la explicación de Hoevel, uno se siente parte del fenómeno, se ve en él. Ve cómo distintas cosas que uno ha hecho o vivenciado están inmersas en la lógica de lo que Hoevel describe; ve cómo uno mismo ha contribuido al managerialismo por convicción u omisión, y ve también cómo uno se ha opuesto a él en distintos aspectos. ¿Cuántas experiencias podrían relatar ustedes y yo que se alineen con las que relata Hoevel? Muchas seguramente. Me veo tentado. Pero quiero concluir enfatizando la importancia de los puntos que Hoevel introduce en su capítulo 10, porque ahí está justamente el corazón de la actividad académica que nos da vida.

Mi aproximación sociológica es la de la teoría de sistemas. Desde mi paso por Bielefeld, la cuna de la teoría de sistemas de Niklas Luhmann, he buscado aplicar y desarrollar este marco para comprender algunos fenómenos históricos y contemporáneos. Hace algunos años pensé en escribir algo sobre la universidad,

pero ahora, leyendo el libro de Hoevel, veo que la teoría de sistemas de la universidad moderna ya está hecha por él. Sé que con esto irrito a Hoevel –como se dice en “sistémico”. De hecho, en varios pasajes formula la crítica a la universidad actual como crítica a una perspectiva funcional de la misma. Pero permítanme aclarar qué quiero decir con esto de que Hoevel ha hecho una teoría sistémica de la universidad contemporánea.

Reconstruida en términos de teoría de sistemas, la tesis de Hoevel es que la creciente complejidad y diferenciación de la sociedad moderna ha estado dominada por dos grandes lógicas sistémicas: la reproducción de las operaciones de mercado y la reproducción de las operaciones políticas. Ambas lógicas han producido dos fenómenos que todos hemos padecido en las últimas décadas: la monetarización y la politización de la vida social. Entre otros sistemas como la familia, el arte, la ciencia, el derecho, la educación, el deporte, también la universidad ha sido objeto de procesos de *desdiferenciación* en los que la monetarización y la politización han intervenido la lógica propia de la universidad desarrollada históricamente y que ha dado forma a su autonomía. ¿Cuál es esa lógica propia que define la autonomía del sistema universitario; su clausura operativa? La que Hoevel describe en el capítulo 10: conocimiento, verdad científica, libertad académica, crítica. ¿A través de qué medio se ha desplegado esta desdiferenciación de la universidad, este ataque a su autonomía? A través del managerialismo y la valoración moral de la universidad como una institución al servicio del mercado, de la política estatal y del desarrollo nacional. ¿Sobre quién se opera? Sobre los individuos que participan de ella: investigadores, profesores, estudiantes, que ingresan con la promesa del capítulo 10 y que se ven atrapados por la *desdiferenciación managerial* y política de la universidad descrita con maestría por Hoevel a lo largo de todo el libro.

Si esto es así, el problema no es la complejización y diferenciación de la sociedad, sino la incapacidad del sistema universitario de sostenerse como sistema autónomo. El problema no es un exceso de lógica sistémica, sino la debilidad de ella en la universidad. A la universidad autónoma, la del capítulo 10, le falta sistema propio, le falta clausura operativa, es decir, conectar una operación autónoma con otra. Para esto, los individuos somos cruciales. El managerialismo no reproduce la autonomía de la universidad; la destruye. Somos nosotros, quienes participamos de ella, los que debemos conectar conocimiento, verdad científica, libertad académica y crítica.

Creo que existen indicios de que eso está sucediendo. Hoevel menciona el intento de juntarse a discutir con estudiantes en espacios libres. Agregó las colaboraciones en investigaciones, las coautorías, los comentarios de borradores

entre colegas, las discusiones abiertas en Academia o Research Gate, y también la resistencia de varios a la pedagogización, a la politización de la libertad de cátedra y a la exclusión de los clásicos por racistas, eurocéntricos o heteronormados. Agrego también la evidencia de que el libro, ese espacio de reflexión profunda, pausada y amplia, no muere –a pesar de que 365 páginas (como el libro de Hoewel) valgan lo mismo o menos que un paper WoS Q1 de 20 páginas. Esto es evidencia de que la autonomía de la universidad (la que se expresa en el capítulo 10) está viva en el *ethos* académico y que se reproduce autopoiéticamente, como dicen los sistémicos, por ejemplo en este lanzamiento.

Una anécdota final. Como todo Professor de la Universidad de Bielefeld, Niklas Luhmann debía justificar todos los meses en un formulario sus llamadas internacionales por sobre los 1,25 marcos alemanes. Por 13 años respondió a ese requerimiento del management universitario escribiendo k.A., hasta que un nuevo personaje de la administración le preguntó qué significaba esa sigla. Luhmann respondió que k.A. significaba *keine Ahnung*, es decir, “no tengo idea”. El primer paso en la reconstrucción de la autonomía universitaria es ignorar a los managers, al menos de vez en cuando.

Por todo ello, agradezco a Carlos Hoewel por la profunda y sensible investigación que ha realizado.

Aldo Mascareño
amascareno@cepchile.cl